

EL LIMÓN

Teresiña carga ilusión. Pronto va a cumplir 76 años y quiere cumplirlos en el Camino. Su reciente viudedad le ha abierto las puertas al tantas veces soñado acercamiento a la tumba del Apóstol. Cuenta con la férrea oposición de sus tres hijos, pero no le importa. Sabe que quiere caminar, y que para ello, será preciso sufrir bastante, pero que el esfuerzo, valdrá la pena.

Ha salido pronto de Roncesvalles, muy pronto, quizá demasiado. La niebla apenas le permitía ver esas primeras flechas amarillas que la acompañarán a lo largo de casi 800 kilómetros. Apenas una tenue luz asomaba por el horizonte. Ni siquiera se ha fijado en la Cruz que está en la carretera a un par de metros del desvío del Camino.

Anoche, asistió a la celebración eucarística en la iglesia de la imponente Colegiata. Nunca ha oído hablar de Roldán, ni de Sancho "El Fuerte", rey de Navarra enterrado entre esas milenarias piedras. Sólo sabe que allí se da "el primer paso", y no dudó en fijar Roncesvalles como punto de partida.

Estuvo en la bendición del Peregrino y se fijó en dos peregrinas de la primera fila; en silencio y tímidamente, se fijó en sus bordones, sendas varas de avellano. Como ellas, dejó que las lágrimas fluyeran libremente por sus mejillas al entonar la Salve frente a la Reina de los Peregrinos por excelencia. La gravedad de su rostro contrasta con la alegría contagiosa de las dos jóvenes.

En sus primeros pasos, Teresiña recuerda esas dos varas de avellano y también ella se busca un palo, un palo

retorcido entre las ramas rotas del suelo; un palo bastante curvado, como sus piernas. Aún no sabe que al llegar a Azqueta, Pablito le dará la vara que le servirá de báculo para lento y pausado caminar.

El peor tramo de subida al Erro ya ha pasado, el bosque está precioso, pero ella no lo ve, como no ha visto ni la lápida con la imagen de la Virgen de Roncesvalles en el alto de Mezkiritz, o mucho menos los pasos de Roldán. Va al límite de sus fuerzas, la mochila de 50 litros es demasiado grande, la lleva torcida y con el peso mal repartido en su interior.

Una bolsa de plástico de las del súper, surca su brazo por el peso de una botella de litro y medio de agua que va vaciando más para mojarse la cabeza que para aliviar la sed.

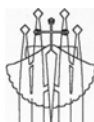
Dos peregrinas con sendas varas de avellano la adelantan: "Buen Camino", "Gracias, gracias,... Buen Camino!"

Las peregrinas siguen adelante hasta que el peregrino que las acompaña comenta, "esta señora lleva la mochila demasiado grande"... "y mal puesta", contestan ellas al unísono. Se miran los tres, y sin pensárselo, reculan unos metros.

A Teresiña le explican que el saco se pone en el fondo de la mochila; que es malo llevar una bolsa de plástico en la mano porque impide la circulación de la sangre por su brazo; que prescindan del peso de la guía,... Se le ajusta debidamente la mochila (por debajo del hueso de la cadera), se le dan algunos consejillos más, un par de pastillas de glucosa y de besos, y muchos ánimos.

Al despedirse, el peregrino le pide: "Teresiña, reza por nosotros cuando llegues a Santiago", "Recen Vdes. para que yo llegue...", es su humilde respuesta.

Mientras los tres peregrinos



siguen subiendo, van pensando en Teresiña; no saben si tendrá fuerzas suficientes para alcanzar la cima, el Perdón, Mostelares, Cebreiro... y todo lo que le espera a esa gran mochila y a esas piernas arqueadas.

Teresiña sólo ha pedido un favor, que le aseguren cama en el albergue. Sabe que en cuanto llegue, debido a su edad y limitadas facultades físicas, necesitará tumbarse y descansar. Pero la supuesta peregrina que se ha ofrecido inmediatamente voluntaria para gestionar la reserva, se olvidará pronto de la petición y NO hará reserva alguna; no tanto por su aversión a esta lamentable práctica, sino por absoluta desidia.

Pasadas las 4 de la tarde, con el calor achicharrante del solsticio de junio, Teresiña entra en el bar de Zubiri donde estoy comiendo con mis amigos. Cansada, agotada, sofocada, se quedó sin agua y suerte ha tenido de la glucosa. Apenas le quedaban fuerzas para cruzar el elegante puente de la Rabia sobre el río Arga.

Cuando nos ve, pregunta de inmediato por el albergue, necesita recuperar la respiración, estirarse en la cama y que sus cansados huesos descansen.

Mientras la acompaño al albergue que está junto al frontón, a pie de carretera, y ella va arrastrando los pies, me pregunta: “¿me has asegurado la cama en el albergue, ¿verdad?”. En ese momento me quiero fundir. Me he olvidado totalmente de su petición.

Ese día, Zubiri es para mí fin de etapa y fin de “escapada caminera”, y mientras me duchaba en el albergue, he podido comprobar que no estaba lleno. Por eso, no me preocupa tanto la posibilidad de que se haya llenado en apenas media hora, sino el reconocimiento de que he fallado a Teresiña y a la confianza que ella

depositó en mi al subir el Erro. En mi fuero interno, la sensación de culpa es infinita a pesar de que no va a tener ninguna consecuencia negativa para la necesitada peregrina.

Al abrir la puerta del albergue, “me apodero” de una buena litera de abajo para esa sofocada buena mujer mientras ella reparte un cariñoso saludo a todos los presentes. Una vez que sabe cuál será su cama, me da un inmerecido beso, y tras dejarla bien instalada, me alejo culpándome por mi despiste.

Al cabo de un buen rato, Teresiña aparece de nuevo en el bar. La ducha y un ratito de descanso han sido suficientes para reponer fuerzas y mostrar una radiante sonrisa.

Su objetivo es invitarnos a un café por nuestra “ayuda” en el Erro, quiere darnos las gracias por los consejos y los ánimos que le acompañarán hasta Santiago. Se lo aceptamos gustosamente, aunque yo, un poco avergonzada.

Tardamos un buen rato en levantar nuestra sobremesa que compartimos con ella y otros peregrinos que se van sumando a la tertulia. Cuando nos vamos, al despedirnos, Teresiña me regala un limón.

Ignoro cómo la habrá conseguido, no he visto un limonero en kilómetros a la redonda. Es un bonito regalo, oloroso y amarillo brillante; pero su acidez, me recuerda que fallé a Teresiña, que no he sido capaz de cumplir con lo único que necesitaba de mí: asegurarle el descanso. Y que el hecho de haberle dado los consejos y los ánimos –incluso los besos– que no pidió; o que hubiera dispuesto de una fantástica cama en el albergue, no compensa el hecho de no haber atendido su ruego.

Gloria

